



LA DAMA QUE ENGAÑÓ SIETE GALANES.

Hoy, discretos cortesanos, me dispongo á componer una historia placentera de una discreta muger: un enredo, un embeleco, que os dará gusto y placer. Sucedió el donoso chiste en la ciudad de Jaen: en esta ciudad reside, no lejos de San Miguel, la dama recién casada, de quien esta historia es. Era esta muger hermosa, de buen talle y parecer, resuelta y no melindrosa, afable y muger de bien. De esta tal se aficionó un Mercader genovés, un Platero, un Boticario, un Lenzero portugués, un Sastre y un Zapatero, y un Licenciado tambien; pero á ninguno dió entrada, por mas precio ni interés. Jornalero era el marido, y al punto de amanecer salió un dia á buscar amo, que necesario le fue. Estuvo largas tres horas, nadie lo hubo menester: volvió á su casa afligido, sentóse en un escabél, algo triste, apesarado, disgustado al parecer. La muger le preguntó:

dime, esposo, qué teneis? qué es lo que os ha sucedido? qué pesadumbre traeis? El marido respondió: hermana, no os espanteis: pues en todo el dia he hallado quien me hubiese menester. Eso os aflige, señor? no tengais pena, mi bien, que Dios que nos tiene á cargo, nos tiene de proveer. Dadme licencia, marido, que yo os prometo de hacer un caso que en todo el mundo se sienta la fama de él. Muger, como yo no pierda de mi honor, yo os la daré; mas guardad no me metais á mí en el pleito despues. Con un donaire apacible, cubierto el rostro algun tanto, cruza la calle maestra, y muy cerca de Santiago al Mercader vido estar con ciertos hombres hablando: hizole seña la dama, y el galan amartelado dejó la conversacion, y fue siguiendo los pasos hasta la puerta granada, donde los dos se juntaron. Dijo el galan: pues señora, qué se ofrece? hay olgo acaso, en que yo pueda serviros, conforme estoy obligado?

Solo quisiera pedirlos
una merced, mas me hallo
corta de merecimiento,
para tan presto obligaros.
Vive Dios que estoy corrido;
mi bien, no tengais empacho;
pedid lo que os diere gusto,
que todo estará muy llano.
Habeis de saber, señor,
que por cuarenta ducados
está mi marido preso,
estos os pido prestados,
porque despues de serviros,
os serán muy bien pagados.
Cómo cuarenta, señora?
veinte mil quisiera daros;
tomadlos, veislos aqui
en diez doblones de á cuatro.
Tomólos, y dijo adios,
que á las nueve en punto aguardo
esta noche, porque quiero
hablaros de mas espacio.
Despidióse de este modo,
fuese desde alli al mercado,
que llaman de san Francisco,
adonde halló al Boticario;
dijo por señas, le siga,
y asi que se saludaron,
dícele: ingrata del alma,
es hora que nos veamos?
Sí mi señor, porque el mundo
es muy variable y voltario,
que si algun tiempo no os quise,
ya tengo el amor trocado.
Grande ventura es la mia,
hoy venturoso me hallo.
Si me teneis aficion,
y pretendeis emplearos
en servirme, solo os pido
para un vestido de raso.
Un vestido, reina mia?
yo os lo daré mejorado
de como vos lo pedís,
si merezco vuestros brazos.
Sí por cierto, id á la noche,
que á las nueve y media aguardo
en casa, donde pretendo
serviros y regalaros.
Sin aguardar mas razones,

fue con paso apresurado,
y entró por la Lencería,
vido al Portugués fidalgo,
miróle con ojos tiernos,
y el Portugués como un rayo,
hecho un Macías y Adónis,
dejó la tienda volando,
siguiendo á la hermosa dama,
y en un zaguan se han entrado.
Echóle dos mil ternezas
mil requiebros cortesanos,
diciéndola: ninfa hermosa,
de tal suceso me espanto,
porque siendo aborrecido,
vengo á alcanzar lo que aguardo.
¿Esto os pone en confusion?
¿es por ventura milagro?
¿en tal hombre como vos
no es amor bien empleado?
Solo quisiera pedirlos....
mas no quiero, pase en blanco,
porque no digais que vengo
con la pobreza á engañaros.
¿Cómo que no? vive Dios,
que de esos hermosos labios
he de saber lo que quieres,
si me cuesta mil ducados.
No quiero ser importuna,
solo cincuenta ducados
para una necesidad,
que ellos serán bien pagados.
¿Cincuenta no mas, señora?
veislos aqui de contado;
y si son menester mas,
pedid, mi vida, otro tanto.
No quiero mas, estos bastan:
advertid, que nos veamos
esta noche á las diez horas,
que quiero gratificaros.
Efectuado el concierto
con los tres, partió al proviso
para engañar al Platero
con engañosos designios.
Hallóle estar trabajando,
y con discrecion y aviso,
con achaque de comprar
una sortija, le hizo
señas, y salió el Platero,
y en parte oculta le dijo:

señor galan, ¿habeis puesto
vuestra aficion en olvido?

El Platero respondió:

ya la llama de Cupido

estaba fria en mi pecho,
mas vos le dais nuevo brio.

Desde hoy vuelvo ya á ser
un profundo laberinto

de amor, y en vuestros amores
emplearé mil servicios.

Pues si acaso hablais de veras,
humildemente os suplico

me presteis una cadena

de oro, y tambien dos anillos,
que se me ofrece mañana

ser madrina de un bautizo.

Id con Dios, y descuidad,

que la llevaré yo mismo

esta noche á vuestra casa,

porque deseo serviros.

A las diez y media aguardo,

que no estará mi marido.

Partióse á buscar al Sastre,

á quien le hizo otro tiro,

pues pasados los requiebros,

dijo la dama, un vestido

quisiera para mañana

para un honroso egercicio.

No quiero que me lo deis,

sino que entre los amigos

me lo busqueis emprestado;

pues sabed que se ha ofrecido

una ocasion muy precisa,

ser comadre de un bautizo,

y quiero salir bien puesta,

siquiera por ser domingo.

Andad con Dios, mi señora,

que yo os llevaré el vestido,

no prestado, presentado.

Pues no haya falta en lo dicho,

y á las once puntualmente

procurad veros conmigo,

quedad ahora con Dios.

Y habiéndose despedido,

fue á buscar al Zapatero,

y el Zapatero que vido

la dama, salió tras ella,

y habiéndose hablado y visto,
sin dificultad la dama

le sacó por buen estilo
para arras de un casamiento
tres escudos de oro fino,

diciendo: á las once y media
id á mi casa, ojos mios,
que pienso gratificaros
vuestro amor agradecido.

Fue á buscar el Licenciado,
y el novato pajarillo

en breve cayó en la red,
que con amorosos dichos

le sacó treinta ducados
para un manto de soplillo;

díjole fuese á las doce
porque no pueda ser visto.

Llegó pues la oscura noche,
y en siendo las nueve dadas,

el Mercader genovés
fue á visitar á la dama.

Abrió la puerta de presto,
y entretúvole en palabras,

hasta que el buen Boticario
cumplido su tiempo llama.

Fingió que era su marido,
y mostróse alborotada,

haciéndole al Genovés
que se metiera en un arca.

Cerróle bien con la llave,
y al Boticario dió entrada,

quien le dió ante todas cosas
cuarenta escudos en plata:

comienzan á platicar,
y fue la plática tanta,

que el Portugues vino á tiempo
que fue importante á la dama.

Ella dijo: ¡ay mi marido!

entre esta saca de lana
escondeos, que si os ve,

nos coserá á puñaladas.

En efecto se escondió,
y dióle la puerta franca

al Portugues, y él entró
con derretida arrogancia.

Comenzaron luego á hablar,
una vacía y dos vanas;

y en esto llegó el Platero
á la hora señalada.

Dijo la dama, ¡ay Jesus!
porque no quede afrentada,

señor, por amor de Dios
 entrad en esa tinaja,
 y advertid que tiene miel.
 El dijo, no importa nada,
 con mas miedo que vergüenza
 se metió en la miel de patas.
 Abrióle pues al Platero,
 y entrando dentro en la sala
 le dió la cadena de oro
 con dos sortijas preciadas.
 Mas sin pasar mucho tiempo,
 dijo: mi marido llama;
 señor, escondeos presto
 entre esta estera doblada.
 Abrióle al Sastre, y apenas
 estuvo dentro de casa,
 cuando llamó el Zapatero,
 dando á la puerta palmadas.
 ¡Ay desdichada de mí
 (dijo con voz angustiada)
 que pienso que es mi marido!
 no sé triste qué me haga.
 Señor, en la chimenea
 hay una sogá colgada
 del humero, y un garrote
 atravesado en la tapia:
 señor, así os guarde Dios,
 poned los pies en la estaca,
 agarraos bien á la sogá,
 que es de mucha importancia.
 Abrió pues al Zapatero,
 y estando dentro, le manda,
 que se entre en un aposento,
 y que se acueste en la cama.
 Desnudóse muy de espacio;
 y á breve tiempo y distancia
 el Licenciado acudió,
 por dar fin á su esperanza.
 Mandóle que se acostase
 donde el Zapatero estaba,
 á oscuras y sin candil,
 y el marido á entrar no tarda.
 Muger, enciende ese fuego,
 dadme un tizon y una brasa
 presto, porque es importante,
 que quiero quemar la casa.
 Marido, ¿teneis juicio?

¿estais loco? ¿el seso os falta?
 Muger, haced lo que os digo,
 antes que coja una estaca.
 Encendió de presto el fuego,
 y él con la voz levantada
 dijo: tomad esta estera,
 porque me importa quemarla.
 Asen la estera y la encienden,
 y salió de entre las llamas
 el Platero, dando voces:
 ¡ay que me quemó! agua, agua.
 El Sastre luego que vió
 tan mal pleyto por la casa,
 descolgóse del humero,
 lleno de hollin por la cara.
 El Boticario al ruido
 dejó de presto la casa,
 diciendo: ¿hay aqui diablos,
 ó es esta casa encantada?
 El bueno del Zapatero
 con el Licenciado, andaban
 á oscuras, sin poder verse,
 á bocados y puñadas:
 el ruido oyendo, acudió
 el amo con una tranca:
 entró dentro al aposento,
 y á los dos de palos carga;
 salen cual rayos furiosos,
 el Escolan sin sotana,
 y el Zapatero en camisa,
 apaleados, sin blanca.
 El marido y la muger
 sacan al otro del arca,
 dándole calza de arena,
 y le envian noramala.
 Al Portugues lo desnudan,
 y le llenaron las barbas
 y todo el cuerpo de miel,
 haciéndole una emplumada.
 Emplumado el Portugues,
 lleno de mortales ansias
 lo echaron la puerta afuera,
 sin que otro daño le hagan.
 Esto sucedió en Jaen:
 galanes, de estas ganancias
 guardad no saqueis alguna:
 y aqui dió fin mi jornada.

F I N.